



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



016-01

GRANDEZA Y MISERIA DE LA METAFÍSICA

Jacques Maritain

Transcripción del capítulo I del libro 'Los Grados del Saber',
de 1932.

1. Podría creerse que la metafísica, en las épocas de impotencia especulativa, brilla al menos por su modestia. Pero el mismo tiempo que ignora su grandeza, ignora también su miseria. ¿Su grandeza?: Ser sabiduría. ¿Su miseria?: Ser ciencia humana...

Ella nombra a Dios ciertamente; pero no por Su Nombre; pues no se describe a Dios como a un árbol o como a una sección cónica. ¡Tú eres verdaderamente un Dios oculto, Tú el verdadero Dios, Salvador de Israel! Cuando Jacob por la mañana interrogara al ángel: Dime, ¿cuál es tu nombre?, oyó esta respuesta: ¿Por qué me preguntas Mi Nombre? [1] “Es imposible pronunciar este nombre verdaderamente admirable, más sublime que todo nombre pronunciado así en el siglo presente como en el siglo venidero” [2].

1 Génesis 32, 29.

2 DIONISIO, De Divinis Nominibus, 1, 6 (lección 3 de Santo Tomás. Cf. SAN PABLO, a los Efesios 1, 21).

2. Un germen maligno corroe en lo profundo la filosofía de los modernos, sean éstos neokantianos, neopositivistas, idealistas, bergsonianos, logicistas, pragmatistas, neospinozistas, neomisticistas: el viejo error de los nominales. Bajo formas diversas, con una conciencia más o menos diferenciada, todos acusan al conocimiento por conceptos y le reprochan el no ser una intuición suprasensible de lo singular existente, como la *scientia intuitiva* de Spinoza o la visión teosófica de un Boehme o un Swedenborg, denunciada – tan a pesar suyo – por Kant como ilusoria. No le perdonan el que no desemboque directamente, como los sentidos, en la existencia, sino sólo en esencias, en posibles, y que no alcance la existencia actual sino replegándose sobre los sentidos. Ignoran profundamente el valor de lo abstracto, de esa inmaterialidad más dura que las cosas, aunque impalpable e inimaginable, que el espíritu va a buscar en el corazón de las cosas mismas. Y ¿por qué este incurable nominalismo? Porque teniendo el gusto de lo real, no poseen el sentido del ser. El ser como tal, desligado de la materia en donde arraiga y se robustece, el ser con sus puras necesidades objetivas, sus leyes que nada pesan, sus exigencias que no se tocan, sus evidencias invisibles, sólo es para ellos una palabra.

¿Cómo especular sobre la geometría del espacio si uno no ve las figuras en el espacio? ¿Cómo disertar de metafísica si no se ven las *quididades* o esencias en lo inteligible? Sin duda una difícil gimnasia es necesaria al poeta; pero también lo es al metafísico. En uno y otro caso es imposible, no obstante, intentar algo de provecho si carecen de un don fundamental. Uno de mis amigos, jesuita, sostiene que el hombre, desde la caída de Adán, ha quedado tan inepto en su inteligencia que es necesario mirar la percepción intelectual del ser como un don místico y sobrenatural concedido a unos pocos privilegiados. ¡Piadosa exageración! Es verdad, sin embargo, que esta intuición es para nosotros un despertar de entre sueños, un paso bruscamente dado fuera del sueño y de sus ríos estrellados. Pues el hombre tiene muchos modos de dormir. Sale todas las mañanas del sueño animal; de su sueño de hombre cuando la inteligencia se desliga (y de un sueño de dios al contacto con Dios). En el nacimiento del metafísico como en el del poeta hay una cierta gracia de orden natural. El uno, que sumerge su corazón en las cosas como un dardo encendido, ve por adivinación en lo sensible mismo – del cual no puede separarlo – el resplandor de una luz espiritual donde una mirada de Dios brilla a sus ojos. El otro, desviándose de lo sensible, ve por ciencia en lo inteligible, y desprendida de las cosas perecederas, esa misma luz espiritual

captada en alguna idea. En la abstracción que es la muerte del uno, respira el otro; la imaginación, lo discontinuo, lo inverificable, en donde éste perece, es la vida de aquél. Aspirando ambos los rayos descendidos de la Noche creadora, uno se nutre de una inteligibilidad ligada y tan multiforme como los reflejos de Dios sobre el mundo; el otro de una inteligibilidad libre y tan determinada como el ser propio de las cosas. Ellos juegan al columpio, elevándose alternativamente al cielo. Los espectadores se burlan del juego; es que permanecen a ras del suelo.

3. *“Usted es – me ha dicho alguien –, como un intérprete de magia negra que nos exigiría volar con nuestros brazos.”*

–“No, yo os pido volar con vuestras alas.”

–“Pero, si no tenemos más que brazos...”

–“¿Brazos? Alas atrofiadas, que es cosa muy distinta.

“Estas alas volverían a crecer, si tuvierais coraje; si comprendierais que no nos apoyamos sólo en la tierra; si recordarais que el aire no es el vacío.”

Invocar contra un filósofo una simple imposibilidad de hecho, cierto estado histórico de la inteligencia; decirle: eso que ofrecéis a nuestra inteligencia será quizás la verdad, pero la estructura de nuestra mente ha llegado a tal estado que ya no podemos pensar vuestra verdad, pues nuestro espíritu “ha cambiado como nuestro cuerpo” [3], es un argumento estricta y radicalmente nulo. Sin embargo, es la mejor arma que se puede esgrimir contra el actual renacimiento de la metafísica.

Es demasiado cierto que la metafísica eterna no se armoniza con la inteligencia moderna o, mejor dicho, que ésta no puede adaptarse a aquélla. Tres siglos de empirio-matematismo la han llevado a interesarse sólo en la invención de nuevos aparatos con que captar más y más fenómenos, – sistemas conceptuales que confieren al espíritu cierto dominio práctico y una intelección engañosa de la naturaleza, porque el pensamiento se resuelve ahí no en el ser sino en lo sensible como tal. Progresando así, no por agregación de verdades nuevas a verdades adquiridas, sino por substitución de aparatos viejos por aparatos nuevos; manejando las cosas sin entenderlas; sacando de lo real ínfimas pequeñeces, pacientemente, por conquistas siempre parciales

3 Ramón Fernández, ‘L’Intelligence et M. Maritain’. Nouv. Revue Française, 1° de junio de 1925.

y siempre provisorias; adquiriendo el gusto secreto de la materia con la cual, hermanada, se roza de continuo, la inteligencia moderna ha hecho brotar en su seno, en este orden inferior de la demiurgia científica, una especie de tacto múltiple maravillosamente, especializado, y de admirables instintos de caza. Pero al mismo tiempo se ha debilitado y desarmado miserablemente con respecto a los objetos propios de la inteligencia, a los cuales, vencida, renuncia cobardemente, y se ha tornado incapaz de apreciar el universo de las evidencias racionales si no es a modo de un sistema de engranajes bien aceitados. Como consecuencia, vese en la precisión de enfrentarse a toda metafísica – positivismo antiguo – o de acogerse a una pseudo-metafísica – positivismo de nuevo cuño –, por una de esas adulteraciones de la metafísica con las que los dominios de la intelección pura son invadidos por el proceso experimental, o bajo su forma más grosera, como en los pragmatistas y los pluralistas, o bajo su modalidad más sutil, como con la intuición bergsoniana, o la más religiosa, como con la acción integral de los blondelianos y su esfuerzo por sufrir e interpretar místicamente todas las cosas.

Todo esto es verdad. La pendiente u orientación de la inteligencia moderna está frente a nosotros. Mas no importa; las pendientes son para subir por ellas. La inteligencia no ha cambiado de naturaleza; únicamente ha adquirido hábitos. Los hábitos se corrigen. Pero... ¡habrá una segunda naturaleza que destruir! Cierto, pero la primera no ha muerto; y el silogismo existirá mientras el hombre sea hombre.

No es menor dificultad para el filósofo que para el artista el estar en desacuerdo con el ritmo intelectual de su época, mas las cosas pasan de muy distinta manera en el caso de uno y de otro. El artista infunde en una obra el espíritu creador; el filósofo mide sobre la realidad el espíritu cognoscente. Confiando primero en la inteligencia de su tiempo y sacando de ella todo el partido posible, concentrando antes todos sus decaimientos lo mismo que todos sus entusiasmos, el artista tendrá posibilidad de poner en orden toda la masa. Pero el filósofo debe aproximarse primero al objeto y aferrarse a él locamente, con tanta intensidad que en la masa, adversa y obstinada, se produzca una ruptura que determine un reagrupamiento de fuerzas y una nueva orientación.

4. Es también muy cierto que en nada sirve la metafísica al rendimiento de la ciencia experimental. ¿Que se realizan descubrimientos e invenciones en el país de los fenómenos? De ninguno de ellos puede gloriarse la metafísica; su valor eurístico, como se dice, es absolutamente nulo. Nada se puede esperar de ella bajo este punto de vista. En el cielo no se trabaja...

En esto radica su grandeza: lo sabemos desde hace algunos millares de años. Inútil como es, decía el viejo Aristóteles, no sirve para nada, pues está por encima de toda servidumbre: inútil, porque es *supraútil*, buena en sí y para sí. Es necesario, pues, comprenderlo; si estuviera para servir a la ciencia de los fenómenos y contribuir a su rendimiento, sería vana por definición: querría ir más allá de esa ciencia, sin ser mejor que ella. Toda metafísica, sea de Descartes, de Spinoza o de Kant, cuya medida no es el misterio de lo que es, sino el estado momentáneo de la ciencia positiva, es falsa ya en su origen y en su raíz. La verdadera metafísica puede también decir a su manera y guardadas las debidas proporciones: “mi reino no es de este mundo”. ¿Sus axiomas? El mundo material se esfuerza por ocultárselos y ella, a pesar de todo, se apodera de los mismos; ¿qué dicen, en efecto, los fenómenos, la falaz marea de lo empírico bruto, sino que lo que es no es, y que hay más en el efecto que en la causa? ¿Sus conclusiones? Contémpalas elevándose de lo visible a lo invisible, las subordina a un régimen de causaciones inteligibles puesto en este mundo, pero al cual, sin embargo, trasciende; régimen que no contraría en nada al sistema de consecuciones sensibles estudiadas por la ciencia experimental, pero que permanece – estrictamente ajeno a él: movimiento de mi pluma sobre el papel – mano –, imaginación y sentidos externos – voluntad, inteligencia –, y el primer Agente, sin cuya moción ningún ser creado obraría; tal serie no se opone en nada, pero tampoco ayuda a la determinación de las modificaciones vasomotrices o de las asociaciones de imágenes puestas en función mientras yo escribo. La metafísica exige una cierta purificación de la inteligencia; supone también una cierta purificación del querer y que se tenga el valor de adherirse a lo que no sirve, a la Verdad inútil.

Nada es, sin embargo, más necesario al hombre que esta inutilidad. Hemos menester, no de verdades que nos sirvan, sino de una verdad a la cual sirvamos. Pues ella es el alimento del espíritu; y la base de nuestra grandeza

es el espíritu. La inútil metafísica entroniza el orden en la inteligencia especulativa y práctica; – y no un orden cualquiera, de simple policía, sino un orden que mana de la eternidad. Ella devuelve al hombre su equilibrio y su movimiento, que consiste, como es sabido, en gravitar con su cabeza en medio de las estrellas, hollando la tierra con sus plantas. Ella le descubre en toda la extensión del ser los valores auténticos y su jerarquía. Ella centra su ética y sitúa en la justicia el universo de su conocimiento, asegurando los límites naturales, la armonía y la subordinación de las diversas ciencias: lo cual importa mucho más al ser humano que la más lujurante proliferación de la matemática de los fenómenos; pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo, si en definitiva pierde la rectitud de la razón? Estamos, por otra parte, tan enfermos que puede suceder que la límpida paz dispensada por una sana metafísica sea menos favorable al descubrimiento experimental que los ensueños o la aspereza de un espíritu sumergido en lo sensible; puede ser que las ciencias de la naturaleza gusten pescar en agua turbia; pero quizá también tengamos el derecho de sentirnos suficientemente colmados de los beneficios de la dispersión.

La metafísica nos sitúa en lo eterno y absoluto, nos traslada del espectáculo de las cosas al conocimiento de razón – más firme en sí mismo y más seguro que las certidumbres matemáticas, aunque menos a nuestro alcance –, a la ciencia del invisible mundo de las perfecciones divinas descifradas en sus reflejos creados.

La metafísica no es un medio, es un fin, un fruto, un bien honesto y deleitable; un saber de hombre libre, el saber más libre y más naturalmente real, el ingreso en los ocios de la gran actividad especulativa donde la inteligencia respira a sus anchas, colocada sobre la cima de las causas.

5. Sin embargo, esto no es todavía un bosquejo, ni aun el más imperfecto, de la alegría de la patria. Esta sabiduría se adquiere a modo de ciencia: de ahí su gran peso de labor y de aflicción de espíritu. La antigua maldición, *maledicte terra in opere tuo*, pesa más trágicamente sobre nuestra razón que sobre nuestras manos. Y notémoslo bien; salvo un privilegio de la buena Fortuna, meditando sobre la cual los antiguos no iban tan descaminados, la exploración de los supremos inteligibles nos promete sobre todo trabajo perdido y la terrible tristeza de verdades deshilvanadas y a retazos.

Les dioses nos envidian la sabiduría metafísica – el patrimonio doctrinal, único medio de llegar a ella sin riesgo de mayores desvíos, es constantemente ignorado –; los hombres la poseen y la poseerán por siempre de un modo fragmentario: no podía ser de otra manera. ¿Hay acaso paradoja más bella que una ciencia de las cosas divinas conquistadas por medios humanos, un goce de libertad, propio de los espíritus, obtenido por una naturaleza “sierva bajo tantos aspectos”? La sabiduría metafísica está en el más puro grado de abstracción, pues ella es la que más dista de los sentidos; su ámbito es lo inmaterial, un mundo de realidades que existen o pueden existir independientemente de la materia. Pero nuestro medio de ascensión señala también nuestros límites. Por necesidad de naturaleza, la abstracción, condición de toda ciencia humana, entraña, con la multiplicidad de las vistas particulares y complementarias, la dura ley del movimiento lógico, la lenta elaboración de los conceptos, la complicación y la inmensa maquinaria, más pesada que el aire, del aparato alado del discurso. La metafísica querría contemplar puramente, trasponer el razonamiento para entrar en la pura intelección. Aspira a la unidad de la simple mirada: se acerca a ella como a una asíntota, sin alcanzarla jamás.

¿Qué metafísico, para no hablar de los viejos Brahmanes, ha sentido mejor que Plotino ese ardientísimo anhelo de la sublime unidad? Pero el éxtasis de Plotino no es el ejercicio supremo, sino más bien el punto de desvanecimiento de la metafísica, y la metafísica por sí sola no puede procurarlo. Esta dicha no común que Plotino conoció cuatro veces durante los seis años que Porfirio vivió en su compañía, aparece como un breve contacto con una luz intelectual naturalmente más poderosa; es el espasmo de un espíritu humano junto al cual pasa rozando un espíritu puro. Si creemos a Porfirio cuando nos dice que su maestro nació en el año XIII del reinado de Severo, que escuchó a Ammonius en Alejandría, que vino a Roma a los cuarenta años, que murió en Campania; cuando nos habla de su higiene y de su modo de vivir, de su bondad para con los huérfanos confiados a su solicitud, de su manera de enseñar, de componer sus obras, de pronunciar el griego, de la justeza de su ortografía, etc. ¿por qué no le creeremos cuando nos dice que el filósofo estaba inspirado por un demonio superior que habitaba en él y que bajo una forma sensible se apareció en su muerte? “En ese momento una serpiente pasó bajo el lecho en el cual estaba acostado y se deslizó en un agujero de la pared. Y Plotino

entregó su espíritu”. [4] Sería asombroso que el eros metafísico no recurriera, allí donde Cristo no reina todavía, a una especie de colusión con las naturalezas intelectuales sobrehumanas, *rectores huius mundi* (“rectoras de este mundo”).

Mas volvamos a nuestra exposición. Digo que la metafísica no sufre sólo la necesidad común de la abstracción y del discurso. Sufre una enfermedad que le es propia. Ella es una teología natural; su objeto por excelencia es la Causa de las causas. Intenta conocer el Principio de todo lo que es. ¿Y cómo no aspiraría a conocerlo con una ciencia perfecta y acabada, la única capaz de saciarla plenamente, a conocerlo en sí mismo, en su esencia, en lo que propiamente lo constituye? Si el deseo de ver la Causa primera es natural al hombre – aunque “condicional” e “ineficaz”, pues precisamente en nosotros no proviene de una proporción natural a su objeto –, es natural de un modo especial al metafísico, quien, si merece el nombre de tal, no puede menos que sentirse aguijoneado por él. Pero la metafísica no nos introduce en el conocimiento de Dios sino por analogía; nos habla de lo que El no tiene como propio, de la comunidad de esas perfecciones trascendentales que se hallan a la vez – bajo modos infinitamente diversos – en Él y en las cosas: conocimiento verdadero, cierto, absoluto, el más sublime deleite de la razón y por el cual vale la pena ser hombre, pero que permanece infinitamente lejos de la visión y que hace sentir con más intensidad el peso abrumador del misterio. *Per speculum in aenigmate* (“por reflejo en enigma”). Se comprende pues demasiado bien por qué el fruto más sabroso de la vida intelectual deja todavía insatisfecho al hombre.

Es porque, en verdad, en nosotros la vida intelectual no se basta, Le es menester un complemento. El conocimiento introduce en nuestra alma todas las formas y todos los bienes, pero despojados de su existencia propia y reducidos a la condición de objetos de pensamiento. Presentes, como injertados en nosotros, pero bajo un modo de ser esencialmente incompleto, exigen ellos completarse, engendran en nosotros unas como fuerzas de gravedad, encienden el deseo de alcanzarlos en su existencia propia y real, de poseerlos, no ya en su idea, sino en su realidad. El amor que de ahí nace impulsa al alma a una unión de orden real que la inteligencia por sí sola, salvo el caso extremo de la visión de Dios; no puede hacer efectiva. Por eso – a menos de impedirlo alguna inhumana desviación – la

4 PORFIRIO, Vida de Plotino, II, 25.

vida intelectual termina necesariamente en nosotros por confesarse indigente y culmina al fin en un ansia. Es el problema de Fausto. Si la sabiduría humana no termina en el amor de Dios, declinará hacia Margarita. Posesión mística del Dios Santísimo en la caridad eterna o posesión física de una carne corruptible en la fugacidad del tiempo; es menester desembocar en esto; por hábil que uno sea, la elección es inevitable.

6. Esta es, sin que lo podamos remediar, la miseria de la metafísica (y también, por otro lado, su grandeza). Ella enciende el deseo de la unión suprema; suscita el ansia de una posesión espiritual consumada en el orden mismo de la realidad, y no sólo de la idea, que no le puede dejar satisfecha.

Nosotros predicamos otra sabiduría, que es escándalo para los judíos y demencia para los griegos: en su principio está, por sobre todo humano esfuerzo, como don que es de la gracia deificante y de la libérrima largueza de la Sabiduría increada, el *amor loco* de esta Sabiduría por cada uno de nosotros; y en su término, la unión íntima del espíritu con ella. Sólo Jesucristo crucificado, el Mediador suspendido entre el cielo y la tierra, nos introduce en sus inefables intimidades. Al Hallaj, amputados sus pies y sus manos, y, también él, crucificado en el patíbulo, al preguntársele: “¿Qué es la mística?”, respondió: “en su grado ínfimo, hela aquí”. – “¿Y su grado supremo?” – “Ah, tú no puedes comprenderlo; no obstante, verás más tarde lo que sucederá. Yo doy testimonio de él en el misterio divino; ahí existe aunque oculto aún a tu mirada” [5].

La sabiduría mística no es la beatitud, la perfecta posesión espiritual de la realidad divina, pero es su comienzo, ya que nos introduce desde aquí abajo en la sublimidad de aquella luz incomprensible y nos hace gustar, palpar y saborear las dulzuras infinitas de ese Dios que no pasarán jamás, porque los siete dones continuarán en la visión beatífica la obra que en nosotros inauguran en la fe.

No podemos perdonar ni a los que la niegan ni a los que, extraviados por una presunción metafísica inexcusable, la corrompen, el que conociendo la trascendencia divina no la quieren adorar. Las doctrinas, arrogantes y volubles, que en nombre de la sabiduría de Oriente algunos occidentales nos proponen

5 LOUIS MASSIGNON, *Al Hallaj martyr mystique de l'Islam, exécuté a Bagdad*, le 26 mars 1922.

– no hablo aquí del pensamiento oriental en sí, cuya exégesis requiere multitud de distinciones y de matices –, son una negación radical de la sabiduría de los santos. Pretendiendo llegar, por medio de la sola metafísica, a la contemplación suprema, buscando la perfección del alma fuera de la caridad, en cuyo misterio no les es dado penetrar, sustituyendo la fe sobrenatural y la revelación de Dios por el Verbo encarnado – “El Hijo unigénito, existente en el seno del Padre, él mismo le ha hecho conocer” (Juan 1, 18) – por una pretendida tradición secreta heredada de ignorados maestros del Conocimiento, dichas doctrinas mienten porque dicen que el hombre puede agregar algo a sus dimensiones naturales y entrar por sí mismo en el santuario de lo sobrehumano, Su hiper-intelectualismo esotérico, concebido para suplantar la verdadera metafísica, no es más que un espejismo falaz y pernicioso que conduce la razón al absurdo y arroja el alma a la segunda muerte.

Mas hay una segunda manera cómo la vana filosofía puede ser enemiga de la sabiduría: no ya suprimiendo la sabiduría de los santos ante la metafísica, sino embrollándola en mayor o menor grado y, en los casos más graves, confundiéndola decididamente con la metafísica, lo que equivale a corromper a fondo su naturaleza. Así se explica cómo un espíritu dócil, atento y penetrante, después de quince años de fervientes investigaciones efectuadas con todo el esfuerzo de la más minuciosa y apasionada erudición, ha podido desfigurar tan trágicamente al héroe místico cuyo drama interior se había propuesto diseñar. ¡Ay! Como si un filósofo, a base de una información histórica, exhaustiva si se quiere, y de la más intuitiva simpatía bergsoniana, pudiera penetrar en la intimidad de un santo, revivir en sí a un Juan de la Cruz! Todas las falsas llaves de la filosofía se rompen por la sencilla razón de que la cerradura no existe; aquí no se penetra sino a través de las paredes.

La contemplación de los santos no está en el plano de la metafísica sino en el de la religión. Esta suprema sabiduría no depende del esfuerzo del intelecto en busca de la perfección del saber, sino del don del hombre entero en busca de una rectitud perfecta respecto a su Fin. Ninguna relación tiene con el “embrutecimiento” aconsejado por Pascal al orgulloso (si ella está ahí, es porque el orgullo ha caído ya) ; pero ella conoce tan bien que ya no sueña en conocer. Este saber, el más sublime, supone que se ha renunciado al saber.

Los santos contemplan, pero no para conocer, sino para amar. Y no aman para amar, sino para el amor de Aquel a quien aman. Y hasta la unión con Dios exigida por el amor, es buscada por Dios, primer amado, y no se aman ellos mismos más que por El. El fin de los fines no es para ellos hacer exultar su inteligencia y su naturaleza, y de consiguiente detenerse en sí mismos; es cumplir la voluntad de Otro, contribuir al bien del Bien. No buscan su alma: la pierden, renunciando a ella. Si, al entrar en el misterio de la filiación divina, llegando a ser algo de Dios, ganan una personalidad trascendente, una independencia y una libertad a la que nada se parecen las cosas del mundo, es porque lo olvidan todo, no para vivir ellos, sino para que en ellos viva el Amado.

Sin dificultad concedería yo que las antinomias descubiertas por los “nuevos místicos” en el misticismo tradicional – pues conciben de él una idea artificial, viciada por los solemnes prejuicios modernos sobre la vida del espíritu –, caracterizan, en efecto, muchos pseudo misticismos filosóficos. (Y hasta el nuevo misticismo con dificultad podría verse libre de ellas). Pero, referidas a una vida mística auténtica, pierden toda significación; pues en ésta nada pesan ni el “querer creador”, que busca la exaltación directa en la pura aventura y una superación sin fin, ni el “querer mágico”, que busca la exaltación de sí en la dominación del mundo y una posesión acabada; sino el amor (no olviden nuestros filósofos que él, y sólo él, lo resuelve todo), y la caridad que usa del conocimiento -al cual torna, bajo la acción del Espíritu Santo, sabroso y presencial-, para adherirse más plenamente al Amado. Aquí el alma no quiere exaltarse, ni tampoco abolirse: quiere unirse a Aquel que la ha amado primero. Pues aquí hay un Dios que no es un simple nombre sino una realidad, hay un Real y hasta un Sobrerreal que existe desde el principio, antes de nosotros, sin nosotros; aprehensible no humana ni angélicamente, sino divinamente; y que para eso nos diviniza; un Sobreespíritu cuya aprehensión no limita sino que ilimita al espíritu finito, ¡Vos el Dios vivo, Creador nuestro!

La contemplación de los santos no procede del espíritu del hombre, sino de la gracia infusa. (Hablemos teología, ya que no es posible responder a las cuestiones que atormentan a nuestra época sin recurrir a las nociones de la ciencia sagrada). Digo que la contemplación es sí nuestro fruto perfecto, pero en cuanto nacidos del Agua y del Espíritu. Obra sobrenatural por esencia, que emana en verdad de nuestro fondo sustancial y de nuestros poderes naturales

de actividad, pero en cuanto nuestra sustancia y actividad, pasivas en sí mismas ante el Dios Todopoderoso, son por El, y por los dones que El injerta en ellas, sobrelevadas respecto a un objeto divino, absolutamente inaccesible como tal a las solas fuerzas de la naturaleza. Obra soberanamente personal, y libre y activa, vida que mana para la eternidad, pero que es para nosotros como un no-obrar y una muerte, puesto que, sobrenatural no sólo por su objeto sino por su modo propio de proceder, emana de nuestro espíritu movido por Dios solo, y depende de la gracia operante en donde toda la iniciativa es de Dios. Y puesto que la fe es la raíz y fundamento de toda la vida sobrenatural, una obra de tal carácter es inconcebible sin la fe, “fuera de la cual no hay medio próximo y proporcionado” para la contemplación [6].

En fin, la contemplación de los santos no es sólo para el amor divino, ella es también por él. No supone sólo la virtud teologal de la Fe, sino también la virtud teologal de la Caridad, y los dones infusos de Inteligencia y de Sabiduría, que en el alma no existen sin la caridad. A ese Dios percibido por la fe en la oscuridad y como desde lejos, pues para la inteligencia hay distancia cuando no hay visión, el amor lo alcanza inmediatamente en sí mismo, y nos une de corazón a las mismas realidades ocultas en la fe. La sabiduría mística conoce las cosas divinas arraigadas así en nosotros por la caridad, y a Dios hecho nuestro por la caridad, bajo una moción y una regulación actual del Espíritu Santo, experimentado por y en el amor como dándose a nosotros en nosotros, y conoce afectivamente, “en virtud de una incomprendible unión”, en una noche superior a todo conocimiento distinto, a toda imagen y a toda idea, como trascendiendo infinitamente todo lo que de aquéllas podrán jamás pensar todas las criaturas. Sabiduría secreta que purifica el alma en secreto, alcanza a Dios como Dios oculto, como Dios Salvador y tanto más Salvador cuanto más oculto. A pesar de permanecer bajo la dependencia de la teología y de depender asimismo, como de sus condiciones y bases humanas, de las múltiples nociones y signos conceptuales con que la Verdad divina se manifiesta a nuestra inteligencia, sin discrepar en lo más mínimo de los dogmas revelados, y, por el contrario, conociendo mejor que por los conceptos lo mismo que las fórmulas conceptuales del dogma comunican a la inteligencia humana, ¿cómo no sobrepasará toda noción distinta y todo signo expresable, para adherirse así, en la experiencia del amor, a la realidad misma que es el objeto primero de la fe? Henos aquí en los antípodas de Plotino. No se trata aquí de elevarse intelectualmente

6 Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, II, VIII.

más allá de lo inteligible, de ascender por la metafísica y su escala dialéctica sabiamente regulada hasta la abolición – todavía natural – de la intelección natural, hacia un sobreinteligible para ahí extasiarse angélicamente. Se trata de elevarse amorosamente más allá de lo creado, de renunciar a sí mismo y a todo para ser arrebatado por la caridad, en la noche transluminosa de la fe, bajo la operación divina, hasta un soberano conocimiento sobrenatural del sobrenatural ilimitado, para allí transformarnos en Dios por el amor. Porque en definitiva no hemos sido creados más que para este amor”. [7]

No, la metafísica no es la puerta de la contemplación mística. Dicha puerta es la humanidad de Cristo, por quien se nos ha dado gracia y verdad. Yo soy la puerta – ha dicho El mismo – y el que por mí entrare se salvará, entrará y saldrá y hallará pastos. El alma, introducida por El, asciende y penetra en la oscura y desnuda contemplación de la Divinidad pura; y retorna afuera en la contemplación de la santa Humanidad. Y aquí como allá encuentra “pastos” Y se nutre de su Dios.

7. En todo signo, concepto o nombre hay que considerar dos cosas: el objeto en sí, que él hace conocer, y el modo como hace conocer. En todos los signos de que nuestra inteligencia se vale para conocer a Dios, el modo de significar es deficiente e indigno de El, pues está proporcionado, no a Dios, sino más bien a lo que no es Dios, es decir, al modo como existen en las cosas las perfecciones que en estado puro preexisten en Dios. De la misma manera imperfecta como las cosas creadas representan a Dios, de quien proceden, de esa misma manera nuestras ideas, que ante todo y directamente aprehenden lo creado, hacen conocer a Dios. La perfección que ellas significan y que puede – si es de orden trascendental – existir tanto en el estado increado como en el estado creado, deben esencialmente significarla tal como existe en el estado creado, limitado, imperfecto. Por eso también todas las palabras con que nombramos a Dios, aun cuando designen una sola y misma realidad indeciblemente una y simple, no por eso son sinónimas, ya que significan la manera como están en las criaturas, participadas y divididas, las perfecciones preexistentes en Dios en estado de soberana simplicidad. Dios es la Bondad subsistente y la Verdad subsistente y el mismo Ser subsistente, pero la Idea de la Bondad, de la Verdad, del Ser, si subsistiera en estado puro, no sería Dios.

7 SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico Espiritual.

Síguese de aquí que los nombres y conceptos que en modo propio convienen a Dios guardan, al aplicarse a él, todo su valor inteligible y toda su significación: el significado está en Dios todo entero y con todo lo que lo constituye para la inteligencia (“formalmente”, dicen los filósofos); al decir “Dios es bueno” calificamos intrínsecamente la naturaleza divina y sabemos que hay en ella todo lo que necesariamente comprende la bondad. Pero en esta perfección en acto puro – que es Dios mismo – hay infinitamente más que lo significado por su concepto y su nombre. Ella existe en Dios en una forma que excede al infinito nuestra manera de concebir, (“eminentemente”, dicen los filósofos). Sabiendo que Dios es bueno, ignoramos todavía qué es la Bondad divina, pues El es bueno y verdadero como ningún otro; y es como no es ninguno de los seres que nosotros conocemos. “Así el nombre de sabio –dice santo Tomás – cuando se dice de un hombre, describe y envuelve en cierto modo la cosa significada, pero no ocurre lo mismo cuando se dice de Dios; la cosa significada queda entonces incomprendida e incircunscrita y excede la significación del nombre”. [8]

Todo conocimiento de Dios por ideas o conceptos – ideas adquiridas, como en la metafísica y la teología especulativa, o infusas, como en la profecía –, todo conocimiento puramente intelectual de Dios que no sea la Visión beatífica, si bien puede ser absolutamente cierto y verdadero y constituir un saber auténtico y deseable sobre todos, permanece en consecuencia irremediabilmente deficiente, desproporcionado, por su modo de captar y de significar, al objeto conocido y significado.

Es claro que si nos es dado conocer a Dios, no todavía *sicuti est*, por su esencia y en la visión, pero al menos según la trascendencia misma de su deidad, valiéndonos de un modo de conocer que conviene al objeto conocido, tal conocimiento no podrá ser obtenido por vía puramente intelectual. Trascender toda manera de concebir permaneciendo en la línea de la inteligencia y, de consiguiente, del concepto, es una contradicción en los términos. Es necesario pasar por el amor. Sólo el amor, el amor sobrenatural, puede efectuar esa superación. La inteligencia no puede aquí abajo trascender todo modo sino en una renunciación al saber en donde el Espíritu de Dios, valiéndose de la connaturalidad de la caridad, y de los efectos producidos en la afección por la unión divina, comunica al alma

8 SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theol*, I, 13, 5.

una experiencia amorosa aun de aquello a lo cual ninguna noción acerca ni puede acercar. “Entonces el alma, despegada del mundo sensible y del mundo intelectual, penetra en la misteriosa oscuridad de una santa ignorancia, y, renunciando a todo dato científico, se pierde en Aquel que no puede ser visto ni aprehendido; dada toda entera a ese soberano objeto, no pertenece a sí misma ni a otros; se une a lo desconocido por la más noble porción de sí misma; y en razón de su renunciamiento a la ciencia, bebe en fin en esta ignorancia absoluta un conocimiento que su inteligencia jamás podría alcanzar”. [9]

8. No parece sino que el curso de los tiempos modernos estuviera bajo el signo de la ruptura entre la carne y el espíritu, o de la dislocación progresiva de la figura humana. Es demasiado claro que este tránsito de la humanidad por el régimen del Oro y de la Técnica señala una materialización progresiva de la inteligencia y del mundo. Por otra parte, y como en compensación de este fenómeno, el espíritu, del cual prescinde cada día más nuestra actividad discursiva y social, y que se ve así dispensado de asegurar bien muchas funciones orgánicas de la vida humana, adquiere una especie de liberación al menos virtual. Las palabras de Jean Cocteau: “la fotografía ha liberado a la pintura” se pueden aplicar a cualquier terreno. La imprenta había liberado a las artes plásticas de la función pedagógica que les incumbía en tiempo de las catedrales. Las ciencias de los fenómenos han desligado a la metafísica del cuidado de explicar las cosas de la naturaleza sensible, y de tantas ilusiones que de ella se habían seguido para el optimismo griego. Ciertamente es preciso felicitarnos de esta purificación de la metafísica. Pero mengua nuestro gozo cuando comprobamos que en el orden práctico, el gobierno de las cosas, a medida que requiere de la inteligencia un trabajo material más pesado, se separa más de la vida que ella vive por sobre el tiempo. La tierra no ha menester ya de ángel motor; el hombre la impulsa con la fuerza de sus brazos. El espíritu se vuelve al cielo.

Sin embargo, el hombre es carne y espíritu no ligados por un hilo, sino unidos en sustancia. Para él es una tribulación metafísica torturante el que las cosas humanas cesen de ser según la medida del compuesto humano, pues unas piden su número a las energías de la materia, y otras a las exigencias de una espiritualidad descarnada. Podría sospecharse que el día en que esta elongación llegue a ser tal que nuestro corazón estalle, habrá pasado la figura de este mundo.

9 DIONISIO. *Theologia mystica*, cap. I, 3.

En cuanto a las cosas mismas del espíritu, su “liberación” está en grave riesgo de ser una ilusión – cosa mucho peor que la servidumbre –. Las trabas impuestas por el servicio del hombre les eran no poco ventajosas, pues, aunque les eran gravosas, sin embargo les daban su contrapeso natural. ¿Angelización del arte y del conocimiento? Toda esa pureza posible, ¿no llegará a perderse en un brutal frenesí? Volverá a encontrarse, sí, mas sólo en la grey del Espíritu. En donde esté el Cuerpo allí se congregarán las águilas. Si la cristiandad de otros tiempos ha perecido, la Iglesia de Cristo por su parte ha continuado elevándose, libertada también ella poco a poco del cuidado de las ciudades que la rechazan, de la providencia temporal que, en pleno derecho, ejercía para sanar nuestras heridas. Y cuando despojada, desnuda de todo, huya a la soledad, llevará consigo todo lo que en el mundo haya quedado, no sólo de fe y de caridad y de contemplación verdadera y genuina, sino también de filosofía, de poesía y de virtud; y este depósito rejuvenecerá en ella con belleza jamás soñada.

9. La capital trascendencia de la crisis actual radica en que, por ser más universal que ninguna otra, nos obliga a todos a elecciones decisivas. Hemos llegado a la línea de división de las aguas. A causa de la prevaricación del Occidente, que ha abusado de las gracias divinas y dejado perder los dones que para Dios debió hacer fructificar, fácil es comprobar que el orden de la razón, por no haber sabido someterse al de la caridad, se ha corrompido en todas partes y para nada sirve. El virus del racionalismo ha introducido la discordia entre la naturaleza y la *forma de la razón*. Se ha tornado asaz difícil mantenerse en adelante en lo humano, Es necesario situarse por encima de la razón para defenderla, o debajo de la misma, para combatirla. Ahora bien, sólo las virtudes teologales y los dones sobrenaturales están por encima de la razón. De todos lados – entre los nuevos humanistas como entre los partidarios del materialismo dialéctico (como en otro tiempo entre los barresianos) – se oye clamar: ¡espíritu, espiritualidad! Pero, ¿qué espíritu invocáis? Si no es al Espíritu Santo, lo mismo da invocar al espíritu de madera que al espíritu de vino. Todo lo que se dice o llama espiritual, o suprarracional, pero no arraiga en la caridad, no favorece más que a la animalidad. El odio de la razón no será otra cosa que la insurrección del género contra la diferencia específica. El ensueño es radicalmente contrario a la contemplación. Si la pureza consiste sólo en desligarse totalmente de la vida según el sentido y de sus mecanismos, ella está más en la bestia que en el santo.

El mundo, ese mundo por el cual Cristo no oró, ha elegido ya su camino. Desligarse de la *forma rationis*, huir lejos de Dios, en un imposible suicidio metafísico, lejos del orden cruel y salvador establecido por la Ley eterna, tal es el anhelo que hace estremecer a la carne del hombre viejo, tal era el del Anciano de los ancianos, cuando caía del cielo como un rayo. Para expresarlo en lo absoluto, tan plenamente como es posible a un ser que, la mayor parte del tiempo, no sabe lo que hace, se precisa una especie de heroísmo. (El diablo tiene sus mártires.) Testimonio sin promesa, ofrecido a lo que está más que muerto... En cuanto a la gran masa de los hombres, a estar a las condiciones ordinarias de la naturaleza humana, se puede creer sin dificultad que seguirá la misma pendiente, pero sin voluntad ni coraje, anestesiada por el ideal. ¡ Es tan resbaladiza esta pendiente!

Sería un error, no obstante, juzgar sólo según la naturaleza. Ahí está la gracia, de la que podemos esperar grandes sorpresas. Mientras este viejo mundo continúa rodando por el precipicio, ahí está el verdaderamente nuevo, el impulso secreto, invencible, de savia divina en el Cuerpo místico que perdura y no envejece, el venturoso despertar de las almas bajo el signo de la Virgen y del Espíritu. ¡Oh Sabiduría, que te derramas con fuerza de un polo al otro del mundo y congregas los extremos en la unidad! ¡Oh promesa, encanto de estos tiempos de miseria y fuente de nuestro gozo más puro! Infieles a su vocación, las naciones bautizadas se separan de la Iglesia, hacen blasfemar en todas partes el nombre de Cristo, llamando civilización cristiana a lo que no es más que su cadáver: la Iglesia ama a las naciones, pero ninguna necesidad tiene de ellas; por el contrario, ellas tienen necesidad de la Iglesia. Para su bien, la Iglesia, usando de la única cultura por la que la razón humana haya estado a punto de triunfar, intentó durante mucho tiempo imponer a la materia terrestre una forma divina y levantar y mantener así en una armonía de perfección, bajo el orden suavísimo y dulce de la gracia, la vida del hombre y de la razón. Si la cultura europea llegara a peligrar, la Iglesia salvaría lo esencial y hallaría también modo de elevar hasta Cristo todo lo valioso y ponderable de las otras culturas. Ella oye cómo en el fondo de la historia hierve y se revuelve un mundo imprevisto, que la perseguirá sin duda tanto como el antiguo (¿no es acaso su misión el sufrir?), pero en donde encontrará nuevas posibilidades de acción.

Si quiere decir que Europa no sería nada sin la fe y que su razón de ser ha sido, y continúa siendo, dispensar la fe al mundo, Hilaire Belloc tiene razón al afirmar que Europa es la fe. Pero, hablando en absoluto, no. Europa no es la fe, ni la fe es Europa. Europa no es la Iglesia, ni la Iglesia es Europa. Roma no es la capital del mundo latino, Roma es la capital del orbe. *Urbs caput orbis*. La Iglesia es universal porque ha nacido de Dios; todas las naciones tienen un lugar en su regazo; los brazos en cruz de su Maestro están extendidos por encima de todas las razas y de todas las civilizaciones. Ella no ofrece a los pueblos los beneficios de la civilización, sino la Sangre de Cristo y la Beatitud Sobrenatural. No faltan señales de que se prepara en nuestros días una especie de admirable epifanía de su catolicidad: el progresivo desenvolvimiento en tierras de misiones, de un clero y de un episcopado indígenas puede mirarse como un signo precursor.

Largo tiempo adormecido al margen de la historia y contagiado ahora por nuestras locuras, el Oriente está tan enfermo como el Occidente. Pero aquí como allá, donde quiera que arraigue la fe viva, se verá cómo la adhesión a lo que verdaderamente trasciende la razón, a la Verdad increada, a la sabiduría de los santos, lleva a cabo al mismo tiempo (no ciertamente sin esfuerzo y sacrificio) la restauración del orden mismo de la razón, exigido, a modo de condición, por la vida sobrenatural. Es que siempre van juntas, en armonioso concierto, Evangelio y filosofía, mística y metafísica, lo divino y lo humano. No es de un europeo, sino de un bengalí, el gran proyecto de Brahmanandav, vuelto a ser presentado por su discípulo Animananda, de fundar en Bengala una congregación contemplativa cuyos miembros, religiosos mendicantes a la manera de los sannyasis hindúes, llevarían por toda la India un ejemplo hindú de la santidad católica, y quienes, sin ignorar el vedanta, fundarían su vida intelectual en la doctrina de santo Tomás de Aquino [10]. Tomemos nota de este homenaje a la virtud del tomismo; don brindado al mundo entero por la cristiandad medieeval, no es ni de un continente ni de un siglo: es universal como la Iglesia y la verdad.

10 MICHEL LEDRUS, S. J, *L'Apostolat bengali*, Lovaina, 1924. En China, una congregación católica totalmente china, los Hermanitos de San Juan Bautista, ha sido fundada por el R. P. Lehbe en 1928, Los que mejor conocen la China piensan, en un sentido general, que lo mejor de su antigua herencia espiritual sólo en el catolicismo encuentra en nuestros días oportunidad para escapar al materialismo más primitivo y burdo que la juventud va a buscar al Occidente.

10. Yo no menospreciaré jamás la angustia ni la espera de los que, sintiendo que todo está perdido, esperan lo inesperado. Pero lo que importa es saber qué esperan en realidad: ¿el Anticristo o la parusia? Nosotros esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Sabemos lo que esperamos y conocemos que ello excede a toda inteligencia. Hay una diferencia entre no saber lo que se espera y saber que lo que se espera es algo inconcebible.

“Pagano aún, Adriano preguntaba a los mártires: ¿qué recompensa esperaréis vosotros? –Nuestros labios, respondieron ellos, no pueden decirla ni nuestros oídos percibirla –. ¿Es que no habéis aprendido nada acerca de ella? ¿Ni por la ley, ni por los profetas? ¿Ni por ninguna otra escritura? – Los Profetas mismos no la han conocido como debe ser conocida; porque no eran ellos más que hombres que adoraban a Dios y que decían con palabras lo que habían recibido del Espíritu Santo. Pero de esa gloria está escrito: “Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman” (San Pablo, I Corintios 2, 9).

“Oyendo esto Adriano juntóse a ellos y dijo: Contadme entre los que confiesan la fe con estos santos; yo también soy cristiano”. [11]

11 BONINUS MOMBRIITIUS, *Sanetuarium seu vitae ssnctorum*, nueva edición publicada por los monjes de Solesmes, Paris, Fontemoing, 1910.

